ORTEGA y FRIAS

HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE

LECTURA

AÑO 1 — NÚM. 1 — 3 NOV. 1925

SEMANAL POPULAR

PRECIO: 10 CTS.

Periódico semanal que publica los martes la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Administración, cierre y talleres: San Sebastián. Administración, correspondencia y suscriciones: Madrid, Calle de Valencia, 28 - Apartado 447.

SUSCRICIÓN: Año: 5 Ptas., seis meses: 2,50 Ptas.

EN PUBLICACIÓN:

HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE

por Ramón Ortega y Frías

ESTA maravillosa novela, interesante entre las más interesantes del mundo entero, es uno de los modelos más famosos del

HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE

CAPÍTULO PRIMERO

Entre sombras

Las calles de Madrid estaban solitarias y oscuras. Habían dado las once y media de la noche del día 7 de noviembre de 1760.

El frío era intenso.

Envuelto en la sombra, con pasos silenciosos como un fantasma, deslizóse un bulto por la calle de las Beatas, volviendo luego a la izquierda y tomando por la travesía del mismo nombre.

La luz rojiza, moribunda y vacilante de un mugriento farolillo, que había por casualidad, o más bien por excepción, en la primera de dichas calles, permitió ver que el bulto era un hombre envuelto en ancha y larguísima capa, y cubierta su cabeza con sombrero de alas no menos anchísimas, según se usaba entonces por la gente del pueblo y aun por los hidalgos que no gozaban de cierta fortuna o no podían, por su clase, seguir ciertas modas y gastar ciertos adornos.

Poco tiempo después debía el ministro Esquilache intentar sobre este punto una reforma que había de costarle caer de su elevado puesto y había de costar también mucha sangre al buen pueblo de Madrid.

Como íbamos diciendo, el hombre de la capa se metió por la travesía, tomando allí también por la acera izquierda y deteniéndose junto a la tapia de un huerto o jardín que ya no existe.

Por algunos minutos quedó inmóvil, como si escuchase.

Luego volvió la cabeza a uno y otro lado.

No había duda que observaba, por temor de que lo viese algún vecino curioso, pues la curiosidad ha sido una de las desdichas de todos los tiempos, y ha de serlo hasta la consumación de los siglos.

Empero no había puerta, ventana o balcón que cerrado no estuviese, y ni siquiera por las rendijas escapábase un débil rayo de luz.

Allí los vecinos no se habían cuidado de poner luces, si bien es verdad que, excepto una casa, las demás estaban hechas a la malicia, y sus habitantes no tenían la obligación de iluminar la calle.

Convencido de que nadie le observaba, el embozado sacó una llave, la introdujo cuidadosamente en la cerradura de una puertecilla que en la tapia había, y no menos cuidadosamente la hizo girar y abrió sin producir el más leve ruido.

Quiso en aquellos momentos el astro de la noche lucir su redonda y nacarada faz, enviando a la tierra sus argentados resplandores.

No era esto poca fortuna para los habitantes de la coronada villa; pero a los que se ocupaban en cierta clase de intrigas debió de parecerles testigo importuno, aunque reservado, pues no hay noticia de que la luna haya revelado ninguno de los secretos que conoce.

Penetró el embozado en un jardín, volviendo a cerrar.

Allí los árboles proyectaban grandes sombras; pero había también sitios perfectamente iluminados por los resplandores de la luna.

Cuando cerró, dio dos o tres pasos y se detuvo para escuchar otra vez.

Habíase bajado el embozo de su capa, que no parecía ser de paño muy fino.

Aunque no muy bien, pudo verse un rostro aguileño, de varonil belleza, expresivo, con labios entreabiertos, con frente despejada, con grandes ojos, rasgados y negros, cuyas pupilas brillaban con el fuego de un alma impetuosa y ardiente.

El joven, puesto que ya hemos visto que lo era, parecía profundamente agitado; pero su agitación no debía de reconocer por causa el miedo.

¿Era uno de los moradores de la gran casa que se levantaba al fondo del jardín, y que tenía su entrada principal por la calle Ancha de San Bernardo?

El modesto ropaje del mancebo hacía desde luego comprender que no era uno de los habitantes de aquella morada suntuosa, a menos que allí representara el papel de un criado, si bien en su semblante no había ese sello de humildad que distingue a los que desde su niñez se han visto obligados a aceptar el yugo de la servidumbre.

¿Era algún personaje disfrazado?

¿Era un pobre que no tenía más fortuna que su audacia, que no contaba con más ayuda que la de su ingenio?

Desde luego podemos decir que no era un ladrón.

Levantáronse sus negros ojos, y su mirada se fijó ansiosamente en una ventana a través de cuyos vidrios y cortinas escapábase una débil claridad.

Un suspiro lánguido se escapó del pecho palpitante del mancebo.

Sus pupilas brillaron con mayor intensidad.

Moviéronse sus labios, y con dulce acento murmuró:

—¡María!

Ya no es difícil adivinar por qué el joven de la luenga capa se había introducido allí y por qué tenía una llave, sin habitar en aquella casa.

Satisfecho debía de estar de su fortuna aquella noche, porque de satisfacción fue la leve sonrisa que hizo cambiar la expresión de su rostro.

Tampoco allí se percibía otro ruido que el monótono del líquido cristal que bullía en una fuente.

Esto pareció tranquilizar al mancebo, porque sin vacilar adelantó hacia el centro del jardín.

Ahogábase el ruido de sus pasos en el blando piso...

Perdona, lector; pero en vez de seguir al que suponemos enamorado, tenemos que penetrar en el interior de la casa y dar a conocer a otros personajes que en la presente historia representan un papel de muchísima importancia.

Dejando atrás escaleras, pasillos, galerías y habitaciones, amuebladas todas con riqueza, aunque con severidad, entraremos en un gabinete iluminado por la luz de una bujía.

En el hueco de una ventana, en pie y medio oculta por una cortina de damasco azul, había una mujer, una joven, una niña...

Era un querubín con humana forma.

Su talle esbelto dibujábase confusamente entre los pliegues y repliegues de una bata de cachemir verde muy oscuro.

Su cabellera desordenada esparcíase sobre su espalda y sus hombros, y podía verse que era rubia, porque habían desaparecido casi en su totalidad los blancos polvos que exigía la moda de aquel tiempo.

Antes de verle el rostro hemos dicho que la joven era un querubín.

Pronto sabremos si nos hemos equivocado.

Inmóvil como una estatua permaneció en aquel sitio mirando a través de la vidriera, como si se gozase en contemplar las sombras de extraños contornos que proyectaban los arbustos, los enverjados, las fuentes y cuanto en el jardín había.

Repentinamente se estremeció.

—¡Es él!—murmuró.

Separóse de la ventana, volvióse, y la luz dio de lleno en su rostro.

Si hay rostros que puedan calificarse de hechiceros, es uno el de la joven de la blonda cabellera.

Bajo sus cejas, admirablemente delineadas, brillan sus grandes ojos, de un azul purísimo, y de mirada dulce y melancólica.

Nada es comparable al delicado dibujo de sus facciones, a su nítida blancura y al gracioso corte de su boca, de sus rojos y frescos labios, mal encubridores de blancas perlas.

También el pecho virginal de la encantadora niña dejó escapar un suspiro y se levantaba a impulsos de una respiración demasiado violenta.

Cuando se separó de la ventana acababa de entrar el mancebo en el jardín.

La bellísima joven dio algunos pasos, llegó hasta la puerta del aposento, detúvose, y escuchó anhelante.

Nada vio ni oyó que le infundiese temores.

Salió, y a los pocos momentos desapareció entre las tinieblas de un pasillo.

Tampoco a ella la seguiremos, sino que, penetrando en otra habitación igualmente iluminada por la luz de una bujía, veremos dos hombres que estaban en pie, inmóviles y silenciosos.

Encontrábase uno de ellos en el hueco de una ventana y, lo mismo que la encantadora niña, miraba al jardín.

Era de elevada estatura y enjuto de carnes.

Cubría su cuerpo una bata de color muy oscuro, resaltando así más su cabeza, completamente calva en la parte superior, y con algunos mechones de blancos cabellos en la posterior y a los lados.

Durante el día no hubiéramos podido ver la calvicie de este personaje, porque la ocultaba la peluca de gran-

des bucles que en aquella época usaban las personas de elevada clase.

El otro estaba vestido muy modestamente, de paño de color verde oscuro.

Parecía frisar en los cuarenta; era de regular estatura y de formas musculares.

Bajo sus negras y espesas cejas brillaban sus ojos pequeños, redondos y de penetrante mirada.

Su actitud era respetuosa, como debe ser la del criado en presencia de su señor.

Sobre una mesa había un par de pistolas, una espada desnuda y una linterna sorda.

Al mismo tiempo que la joven se estremecía, el caballero dejaba escapar un sordo rugido, y volviéndose y apretando los puños con fuerza convulsiva, exclamó:

—¡Oh!... ¡Cara ha de costarle su osadía!

Su enjuto rostro, surcado de arrugas, contrájose violentamente y se tornó lívido.

Dos centellas se escaparon de sus ojos.

Dio un paso, cogió las pistolas, las amartilló, y con acento breve dijo a su criado:

—Vamos.

Ya debía de haber recibido minuciosas instrucciones el sirviente, porque no hizo ninguna pregunta ni pronunció una sola palabra.

Tomó la linterna y la cerró.

Empuñó luego la espada y siguió al caballero.

Salieron de la habitación y quedaron envueltos en la oscuridad.

Tan cuidadosamente andaban, que no producían sus pasos el más leve ruido.

Cinco o seis minutos pasaron.

Silenciosamente giró sobre sus goznes una puerta de la casa que daba al jardín, y aparecieron primero el señor y luego el criado.

Dieron algunos pasos y distinguieron un bulto que hacia ellos se dirigía con peligroso descuido.

Era el enamorado joven.

Al mismo tiempo resonaron una exclamación de sorpresa y un grito de ira reconcentrada.

Extendió el caballero un brazo para disparar una de sus pistolas; pero, al mismo tiempo, el joven retrocedió y se ocultó tras un grupo de rosales.

—Córtale la retirada —dijo el caballero.

Y el sirviente corrió hasta colocarse junto a la puertecilla de la tapia.

En aquel instante apareció en la otra puerta la joven, y, comprendiendo lo que sucedía, exhaló un grito de terror, cayó de rodillas, cruzó las manos, levantó al cielo los ojos, y exclamó con acento de súplica desgarradora:

—¡Dios misericordioso!

¿Había salvación para el enamorado mancebo?

No le esperaban reconvenciones ni ultrajes, sino un pistoletazo o una estocada que lo dejase sin vida.

El caballero estaba en su derecho de matar al que a media noche se introducía en su vivienda, y podía matarlo seguro de la impunidad, con tanto más motivo cuanto que era un personaje, y el otro, un infeliz sin fortuna y hasta de origen dudoso.

CAPÍTULO II

El pistoletazo

No puede hacerse comprender el sufrimiento de la encantadora niña, que, impotente para salvar al hombre a quien amaba, sin esperanza de ningún auxilio humano, acudía con ciega fe a la misericordia divina.

Apenas se había dejado caer de hinojos, apareció tras ella otra mujer

Era su doncella, su confidente, su cómplice en aquella intriga de amor.

A la sirviente le bastó una ojeada para apreciar con toda exactitud la horrible situación en que se encontraban los jóvenes enamorados, y muy particularmente el mancebo, a quien la muerte amenazaba tan de cerca.

Era el caballero uno de esos hombres severos hasta la crueldad, intransigente hasta lo inconcebible, verdaderamente implacable.

Suplicarle hubiera sido equivalente a encender más y más su ira. Había jurado matar al mancebo, y lo mataría, siquiera fuese por cumplir su juramento.

La doncella comprendió que permanecer allí no podía dar ningún buen resultado. Iba a tener lugar una escena horrorosa, y quiso evitar que la presenciase la sensible joven.

Inclinóse, pues, la sirviente, asió por un brazo a la joven señora, y le dijo con voz reconcentrada:

—Venid, venid.

María no respondió.

Parecía haberse petrificado.

Sus magníficos ojos, abiertos como si fuesen a saltar de las órbitas, tenían la mirada fija en el caballero.

—No podéis socorrerlo —añadió la docella—; ya que se pierda su vida, que se salve al menos vuestro decoro. ¿Qué sucederá si vuestro padre os encuentra aquí? Levantaos; venid, que aun es tiempo... ¡Oh!...

Tampoco entonces se movió María.

Entretanto, el caballero andaba de un lado para otro en busca del atrevido amante.

Y éste iba y venía, procurando ocultarse para evitar la terrible acometida.

Más de una vez el anciano vio al mancebo; pero como éste desaparecía inmediatamente entre los árboles, no pudo aquél disparar sus pistolas.

El criado permanecía junto al postigo con la espada en la mano y firmemente resuelto a cumplir las terribles órdenes de su señor.

La paciencia de éste se apuraba.

Habían pasado cinco minutos que le parecieron cinco siglos.

Y cinco siglos de agonía espantosa habían sido también para la hechicera rubia.

¿Comprendía el joven toda la gravedad de su situación ?

Sí, porque en sus idas y venidas había querido acercarse a la tapia para ganar la puerta, y había visto relumbrar la espada que empuñaba el sirviente.

De nada le hubiera servido al audaz mancebo entablar una lucha cuerpo a cuerpo con el criado, pues el severo padre habría acudido inmediatamente, decidiendo la cuestión de un pistoletazo.

No; no había lucha posible, sino oponiendo la astucia a la fuerza; no había para salvarse más recursos que los del ingenio.

Y fecundo debía de ser el ingenio del joven, pues así lo revelaba en sus ojos chispeantes y en la expresión de su rostro.

Alguna vez que el resplandor de la luna permitió examinarlo, pudo verse que, a pesar de que era el que en mayor peligro se encontraba, estaba menos turbado que los demás.

¡Lástima era que muriese allí como un malhechor el que tanto valía, el que estaba quizá dotado de un gran corazón, de un alma sublime!

¿De qué había de servirle su ingenio ?

El ingenio de nada sirve contra un par de pistolas, una mano segura, un ojo certero y una voluntad firme.

A pesar de todo esto, nos parece que el atrevido joven no se había dado por vencido.

Verdad es que, ante la muerte y en ciertas situaciones, no se da por vencido el más cobarde.

El náufrago lucha desesperadamente contra el oleaje que lo envuelve, y no pierde la última esperanza sino al exhalar el último suspiro, pues le parece que ha de encontrar asidero y apoyo en las espumosas aguas que se agitan a su alrededor.

—¡Miserable, miserable!—murmuraba de vez en cuando el caballero con voz sorda y reconcentrada.

Y rechinaban sus dientes, y sus manos, convulsas por la ira, oprimían la culata de las pistolas, en tanto que de sus ojos se escapaban corrientes de fuego.

—¡Burlarse de mí!— decía, como si no pudiese concebir lo que pasaba— ¡Atreverse a tanto, y con quien es tanto como yo, un desdichado de tal especie!... Aun me parece imposible... ¡Oh!... pero ha de costarle muy cara su osadía y... ¡vive el cielo! que no ha de quedar para nuevas burlas y travesuras, y su castigo servirá de escarmiento a los que intenten hacerme nuevas ofensas.

Así hablando continuaba recorriendo todo el jardín; y lo hacía tan hábilmente, que el pobre mancebo tenía que irse refugiando hacia un rincón de donde le sería imposible salir, pues había de encontrarse entre la pared y las pistolas.

Cada momento que pasaba era más crítica la situación del joven enamorado, y mucho más firme la resolución espantosa del caballero, pues su cólera se reconcentraba más y más con las contrariedades que dilataban la realización de su deseo.

No parecía sino que ambos jugaban al escondite.

Peligroso era el juego para el joven.

Un momento llegó en que al desdichado le fue imposible huir.

Encontrábase bastante cerca de una de las paredes de la casa y entre un bosquecillo de rosales y algunos pe-

queños arbustos que extendían su ramaje desnudo de hojas.

Miró a su alrededor el mancebo, y se convenció de que ya le era imposible dar un solo paso sin quedar al descubierto, o que al primer paso que el anciano diese podía con toda seguridad hacer uso de sus pistolas, sin perjuicio de que el criado acudiese en su ayuda para terminar y perfeccionar la obra con la espada.

Arrugóse el entrecejo del enamorado.

Relumbraron sus negros ojos como dos carbunclos.

—¡Por el infierno!—exclamó— Esto va mal. ¡Oh!... Puesto que es preciso morir, ¿para qué he de fatigarme?

—No te escaparás ahora—decía el caballero.

Y desplegando una sonrisa de júbilo criminal, gozándose anticipadamente en su triunfo, volvió a la derecha y luego a la izquierda, dejando atrás el bosquecillo de rosales.

No pudo entonces contener un grito de alegría.

Junto a uno de los pequeños árboles estaba el mancebo, envuelto en su capa, moviéndose como si su cuerpo oscilase, como si vacilase en aquel último apuro.

No quiso el caballero perder uno solo de aquellos instantes preciosos para él, y levantando el brazo derecho y haciendo la puntería dijo:

—Ahora verás lo que cuesta ofender a una persona de mi clase.

Todo iba a concluïr.

¿Quién acudiría en socorro del enamorado?

El anciano movió el dedo índice.

Brilló el fogonazo, y la detonación interrumpió el silencio de la noche.

Un instante después cayó pesadamente y envuelto en su capa el desdichado mancebo.

Resonó un grito que parecía llevarse tras sí el alma.

La pobre niña había caído sin conocimiento en brazos de su doncella.

—¡Andrés!—gritó el caballero.

Su criado acudió presurosamente y abrió la linterna, cuya rojiza luz esparcióse, esclareciendo un buen espacio.

—Míralo—dijo el anciano señalando al bulto informe y negro del infeliz joven que en tierra yacía.

—Veamos si está completamente muerto—replicó el sirviente.

—No da señales de vida; y si muerto no está, la herida debe de ser grave. Estoy seguro de haber apuntado bien, y ya sabes cómo manejo una pistola.

—¿Y qué hemos de hacer ?

—Corre, despierta a tus compañeros, avisa a la justicia... ¡Oh!... Esto es muy sencillo: en mi casa se introduce un hombre, un ladrón, un asesino... No sé lo que es; pero un miserable se atreve a invadir mi morada a media noche, y lo mato.

Mientras esto decía el caballero, sonaba ruido de pasos y de voces en el interior de la casa, y era que la detonación había hecho despertar a otros criados, que acudieron para averiguar lo que sucedía.

—La justicia, la justicia—volvió a decir el caballero—, pues nosotros no estamos autorizados para tocar el cadáver.

Andrés dejó la linterna y corrió para obedecer las órdenes de su señor.

Los demás sirvientes miraban aturdidos y sin atreverse a pronunciar una palabra.

El anciano permaneció inmóvil y con la mirada fija en el cuerpo del mancebo.

Aun estaba su rostro cubierto de nerviosa palidez. Su cabeza se levantaba orgullosamente.

Reinó un silencio absoluto y que en aquella situación tenía mucho de imponente y aun de lúgubre.

El joven debía de haber dejado de existir, puesto que no hacía el más leve movimiento ni exhalaba la más débil queja.

Cerca de media hora pasó.

Otra vez se oyó ruido de pasos y de voces en el interior de la casa, y luego salieron al jardín como una docena de hombres vestidos de negro y con las espadas desnudas.

Era una ronda que Andrés había encontrado cerca del convento de los Ángeles y que acudía para dar principio al sumario.

CAPÍTULO III

El cadáver

A la cabeza de los alguaciles marchaba el alcalde de casa y corte, hombre más grave y tan severo como el padre de María.

Había tenido que practicar otras diligencias y lo acompañaba el escribano; de manera que nada faltaba para llenar desde luego todas las formalidades.

—¿Pero qué es esto, señor don Pedro ?—dijo el alcalde al caballero.

—Un asunto bien desagradable; ya lo veis, amigo don Roque.

—Vuestro criado...

—Os habrá dicho que en mi casa se ha introducido un hombre, no sé si escalando la tapia o violentando la cerradura de la puerta, porque no lo vimos sino cuando ya se encontraba en el jardín y poco a poco adelantaba hacia la casa.

—¿Desde dónde lo visteis ?

—Desde una de las ventanas de mi aposento.

—¿Estabais solo ?—preguntó el alcalde, que no olvi-

daba detalle alguno para la debida aclaración del suceso.

—Me acompañaba mi criado Andrés, porque iba a desnudarme.

—¿Y qué hicisteis ?

—Lo que cualquiera hubiera hecho en mi lugar: tomé las pistolas, vinimos y encontramos al ladrón. Le intimé para que se rindiese; pero con osadía sin igual quiso hacer resistencia. Yo no sabía si otros bribones habían entrado también y habían de acudir en su ayuda, y, pensando ante todo en mi defensa personal, disparé una de las pistolas.

—¿Y el resultado ?...

—Ahí lo tenéis, señor alcalde. Me parece haber hecho uso de un derecho que nadie me puede negar.

—Veremos, veremos—dijo el juez con la reserva que exigía su posición.

—Si no ha quedado muerto, debe de estar muy mal herido.

—No se mueve—dijo uno de los alguaciles.

—Silencio—interrumpió severamente el alcalde.

Y añadió dirigiéndose al escribano:

—Señor Gavilanes, preparaos a dar fe, haciendo constar todas las circunstancias.

—Preparado estoy.

—Ante todo, procederemos a levantar el cadáver, si es que cadáver está ese cuerpo. Las luces y seguidme.

Abrieron algunos alguaciles las linternas de que iban provistos, y blandieron las espadas, como si tuviesen que luchar con el más formidable enemigo.

—Me desagradan los muertos—se atrevió a decir uno de los corchetes.

—Lo peor es—replicó ásperamente el alcalde— que también os infunden miedo los vivos, y por eso sois siempre el último para acometer y el primero para huir.

—Perdone vuestra señoría...

—He mandado callar.

No tuvieron que dar más que quince o veinte pasos, encontrándose junto al negro bulto.

Golpeó el alcalde el suelo con su largo bastón de caña de Indias, y dijo con voz hueca y grave tono:

—¿Quién sois ?

Nadie le respondió.

Hizo la misma pregunta otras dos veces, y como tampoco obtuvo respuesta, dijo:

—Acercad las luces.

Obedecieron los corchetes.

Arrodillóse el juez.

Inclinóse el escribano.

Puso el primero una mano sobre el cadáver, exhaló un grito que lo mismo podía ser de sorpresa que de terror, y como impulsado por un resorte, púsose en pie y retrocedió algunos pasos.

El escribano y los corchetes hicieron lo mismo.

A uno de ellos se le escapó la linterna de la mano.

Solamente el caballero y su sirviente quedaron junto al cadáver o herido.

—¿Qué significa esto ?—dijo don Pedro con tanta extrañeza como enojo— Aunque vida tenga el criminal no me parece que es para infundir pavor a tantos hombres.

—No lo entiendo, no lo entiendo— murmuró el alcalde.

—¿Doy fe ?—preguntó con voz balbuciente el escribano.

—¿Y de qué habéis de darla ?

—De que no entiende vuestra señoría...

—¡Oh!...

—¡Vive el cielo!—exclamó don Pedro— Señor don Roque, si el valor os falta para cumplir vuestro deber...

—¡Valor!... Acercaos, caballero, acercaos; y si lo entendéis, declararé que soy la más torpe de las criaturas.

—Pero...

—Si no habéis querido burlaros de mí, si esto no es una broma pesada...

—¡Señor alcalde!...

—¡Señor comendador!...

—¿Estáis dispuesto a cumplir con vuestro deber?

—Sí—dijo el severo alcalde—; pero tal vez os pese, a pesar de ser quien sois.

—¿Qué estáis diciendo?

—Venid.

Dio algunos pasos el juez.

Don Pedro le siguió.

Inclinóse el primero, puso la diestra sobre la capa del joven y la levantó, sacudiéndola y arrojándola a un lado con iracundo ademán.

Debajo de la capa no había más que la hierba y algunas flores tronchadas y deshojadas.

—¡Ah!—exclamaron en coro los alguaciles.

El caballero quedó inmóvil y mudo.

Su rostro se contrajo mucho más de lo que estaba.

Algunas gotas de frío sudor corrieron por su frente. Lo que sucedía no necesitaba explicación.

El mancebo, al verse perdido quitóse la capa y la colgó en el desnudo ramaje del pequeño arbusto.

La rama fue rota por la bala o por el peso, y la capa cayó al disparar el anciano.

Como ya dijimos, acudió Andrés, dejando libre la puertecilla de la tapia, y entonces el ingenioso y audaz mancebo aprovechó la ocasión, pudiendo salir por donde había entrado.

La doncella, que había acudido cuando llegó la ronda,

contempló la capa y desplegó una sonrisa de satisfacción inmensa.

Inmediatamente se alejó corriendo hasta llegar a la habitación de su señora, que había recobrado el sentido, y, arrodillándose otra vez, dirigía súplicas al Omnipotente mientras inundaba el llanto sus pálidas mejillas.

—Tranquilizaos—le dijo la sirviente—, recobrad la calma y la alegría, porque no ha muerto; no era él

—¡Que no era él —exclamó la joven levantando la cabeza y fijando una mirada de estupor en su doncella.

—¡Buen chasco!—dijo ésta.

Y soltó una alegre cárcajada.

—¡Juana!...

—El pobre alcalde se quedó aturdido, y vuestro padre... ¡Qué cara ha puesto!..

—¿Has perdido la razón?

—Perdonadme, pero necesito reír, y no sé cómo he podido contenerme.

—No comprendo...

—Los alguaciles temblaban, y el alcalde, creyendo que se burlaban de él, amenazaba llevar a la cárcel a todo el mundo.

—¿Quieres explicarte?

—Ya os lo he dicho; no era él.

—¿Pues quién había entrado en el jardín?

—Ya lo sabéis.

—Entonces...

—Digo que no era él porque era su capa.

Quedó aturdida la encantadora joven; pero segura ya de que su amante nada había sufrido, volvió a levantar los ojos y exclamó:

—¡Gracias, Dios mío!

Sus fuerzas se habían agotado y se sentó.

Entonces fue cuando entró en explicaciones con su doncella.

Entretanto explicábanse también como mejor podían el alcalde y don Pedro.

Sentíase éste trastornado por la ira.

Se había burlado de él un pobre diablo a quien miraba con desprecio, y esto era horrible para un hombre tan orgulloso como el noble comendador.

Sin cesar juraba que había de vengarse; pero, por de pronto, tenía que sufrir aquella burla que fácilmente lo pondría en ridículo si sus criados o los alguaciles no eran reservados.

El alcalde acabó de comprender que de lo sucedido no tenía culpa alguna el comendador, y dirigiéndole algunas palabras tranquilizadoras, dispúsose a seguir cumpliendo sus deberes.

No estaba allí el atrevido mancebo, pero sí su capa, y ésta era por entonces el cuerpo del delito.

Midiéronse los pasos que desde allí mediaban hasta las paredes del edificio y hasta la tapia. Examinóse ésta, sin encontrar señal alguna de escalamiento, así como tampoco en la puertecilla vieron señales de violencia.

Adivinaron fácilmente que el que allí se había introducido era dueño de una llave, y debía suponerse que contaba con el auxilio de alguno de los criados.

Para averiguar esto último entró el juez en la casa y exigió declaración a todos los sirvientes.

Juana, con tranquilidad inalterable, juró una y otra vez que no entendía lo que había sucedido, ni sospechaba de ninguno de sus compañeros.

Eran las tres de la madrugada cuando el escribano dejó de escribir.

Uno de los alguaciles cargó con la capa, y todos salieron para retirarse a descansar.

Entonces el caballero miró a su criado Andrés, y éste dijo:

—Señor, el mozo es demasiado listo y nos dará mucho que hacer.

—¿Estás dispuesto a servirme con lealtad en este asunto?

—Disponga de mí vuestra señoría como se dispone de un esclavo, de una máquina.

—Algo más necesito.

—Más haré.

—Eres astuto...

—Un poco.

—¿No conseguirás averiguar quién es ese hombre?

—Abrigo la esperanza de conseguirlo.

—Entonces...

—Después todo será fácil.

—Te recompensaré tan largamente...

—No hablemos de eso, señor.

—Vete a descansar.

Inclinóse respetuosamente el criado y salió del aposento.

Don Pedro cruzó los brazos, inclinó sobre el pecho la cabeza y empezó a pasearse.

No se había calmado su violenta agitación.

Media hora después se sentó y quedó inmóvil.

Su hija se había acostado, pero no conseguía dormir.

Estaba también agitada profundamente; pero se consideraba dichosa porque se había salvado su amante.

CAPÍTULO IV

Querubín

Ahora nos vemos obligados a retroceder para seguir al audaz mancebo, pues es preciso y justo que el lector empiece a conocerlo.

Apenas cerró la puertecilla sin hacer ruido alguno, co rrió hasta llegar a la calle de San Bernardo, y allí se ocultó en el hueco de la puerta de una casa que estaba frente a la de doñ Pedro.

No permaneció allí más tiempo que el que tardó en salir Andrés para ir en busca de la justicia, y entonces el mancebo, dejando escapar una carcajada burlona, tomó también calle arriba hasta la plaza de Santo Domingo.

El sirviente se dirigió hacia la izquierda, porque vio las luces de la ronda, y el mancebo bajó hacia los Caños del Peral, atravesando luego la plaza de Oriente, llegando a Santa María, metiéndose por el Pretil de los Consejos, cruzando la calle de Segovia y entrando al fin en la plazuela del Alamillo.

Detúvose allí a la puerta de una casa de pobre apariencia, aunque de dos pisos, sacó una llave, abrió, entró, y volviendo a cerrar, resonaron sus pasos en el portal y en una escalerilla, que subió presurosamente.

Crujió otra puerta al abrirse, y pocos momentos después oyóse el estridente sonido del eslabón que chocaba con el pedernal.

Esparciéronse algunos racimos de chispas, brilló la luz azulada de una mecha de azufre, y por fin ardió la tendría menos de cien años.

Pudo entonces examinarse el aposento.
de un velón que había sobre una mesa de nogal que no

A más de la mesa, había un arcón con fuertes cerraduras, algunas sillas, un sillón forrado de baqueta, de respetable antigüedad, y un pequeño armario, cuya puerta tenía una rejilla de alambre.

Sobre la mesa se veían en desorden algunos libros y papeles, un gran tintero de mármol, dos botellas y dos vasos de vidrio.

Dos de las sillas estaban ocupadas por prendas de ropa de hombre.

En las paredes había dos pequeños cuadros con imágenes de santos, y uno grande con el retrato de un caballero, cuyo ropaje señalaba la época del siglo XV.

En otra pared había un par de pistolas de poco valor, una espada y un puñal.

Estos objetos eran los únicos que se habían colgado ordenada y cuidadosamente.

El enamorado joven, que a pesar de su clase ceñía también espada, se la quitó y la colgó formando cruz con la otra, dejando así en medio las pistolas y el puñal.

En seguida arrojó el sombrero sobre una silla, acercóse a una puerta, levantó la cortina que la cubría, y por algunos instantes contempló a un hombre que parecía tener cincuenta años y que en un lecho muy antiguo dormía profundamente.

—Lo dejaré descansar—dijo el mancebo.

Y separándose de la puerta, se sentó.

Hemos dicho ya que no tenía más de veinte años y que era de regular estatura, y ahora añadiremos que en sus formas nada hubiera podido corregir el artista más exigente y escrupuloso.

Revelaba una gran inteligencia y una rara energía de espíritu, y acababa de probar que no engañaban las apariencias.

Su vestido estaba en armonía con la pobreza de su habitación.

Sus negros cabellos daban a los atrevidos perfiles de su rostro más expresión y mayor viveza.

Era el joven una de èsas criaturas que agradan sin que pueda decirse por qué.

Su mirada era unas veces dulcísima y profundamente melancólica, y otras, viva, penetrante y alegre como convenía a su juventud.

No era un hijo mimado de la fortuna; pero él tras el fantasma de la fortuna corría sin cesar, y había encontrado en su camino a la bellísima hija del comendador.

Cómo pudieron amarse aquellas dos criaturas de posición tan distinta, lo sabremos después, porque ahora debemos ocuparnos solamente de la historia del atrevido mancebo.

¿Era su padre el hombre que dormía en la habitación inmediata ?

Ni era su padre, ni siquiera su pariente, pero sí su protector, y veces de padre había hecho desde que el niño se encontró en el más triste abandono.

Por desgracia, sucede con frecuencia sembrar beneficios para recoger desengaños; pero aquel protector generoso no podía decir lo mismo, pues si había hecho sacrificios por la abandonada criatura, si la había amado con ternura paternal, había encontrado recompensa en filial ternura y respeto profundo; respeto doblemente meritorio en una criatura altiva por organización, independiente por instinto, impetuosa por carácter, y que antes se hubiera dejado matar que someterse al más poderoso.

Querubín se llamaba el mancebo; pero muchos decían que más acertadamente le hubieran puesto el nombre de Lucifer, y para decir esto se fundaban en las muchas travesuras del joven.

Sin embargo, Querubín estaba dotado de un corazón sensible, y sus sentimientos eran generosos hasta el último grado de la generosidad.

A nadie había hecho mal, sino que, por lo contrario, había hecho más de un beneficio; algunos de los murmuradores se habían sentido mortificados por las bromas y travesuras de Querubín, y otros le miraban con envidia. ¿Qué envidiaban ?

No era, ciertamente, la fortuna del mancebo, pero sí su inteligencia, sus virtudes y su valor.

Esto es bastante para que el lector empiece a conocer a Querubín y para que se comprenda cómo podía ser amado por una mujer cuyo amor solicitaban muchos hombres ricos y de elevada posición.

En cuanto al protector, poco tenemos que decir.

Era pobre, puesto que no poseía más que algunos bienes que le producían una pequeña renta; pero estaba orgulloso con su hidalguía, y como un tesoro guardaba los amarillentos pergaminos que probaban la nobleza de su origen.

Era apegado a todo lo antiguo, y, por consiguiente, no transigía con las ideas modernas que bien pronto debían poner en conmoción la sociedad.

Asegurábase que el buen hidalgo había sido algo calavera en su juventud; pero nadie podía echarle en cara ninguna mala acción.

Había sido jugador, pendenciero y galanteador como el que más.

No se había casado, porque la escasez de su fortuna fue un inconveniente para que aceptase su amor ninguna dama tan noble como él la quería, y por nada del mundo el buen hidalgo hubiera mezclado su sangre con sangre plebeya.

Creía firmemente que era un hombre muy severo; pero sobre este punto se equivocaba.

Ya hemos dicho que amaba a Querubín como puede amarse a un hijo, y esto hasta cierto punto fue una desgracia para el mancebo, pues no quiso el hidalgo dedicarlo a ningún oficio, creyendo que así lo deshonraba.

Le había hecho aprender las primeras letras y algún latín, otorgó testamento en su favor, y con esto creyó que el joven no necesitaba más.

Cuando Querubín tuvo dieciséis años, su protector le enseñó a manejar la espada.

El discípulo consiguió bien pronto ser maestro.

Entonces dijo el hidalgo:

—Ya no te falta más que vaciar una botella sin marearte y tener un desafío, para ser un hombre completo.

¿Por qué serie de circunstancias había llegado Querubín a ser amparado por el hidalgo?

A éste se lo oiremos referir muy pronto.

Entregado a reflexiones bien desagradables sobre su situación, pasó Querubín hasta las dos de la madrugada, hora en que levantó la cabeza y dijo:

—Veremos.

Y con el descuido propio de la juventud y la tranquilidad de su pura conciencia, levantóse tomó el velón, fue a su dormitorio, desnudóse y se acostó, quedando a los pocos minutos profundamente dormido.

A las seis de la mañana, hora en que aun no podían contemplar los rayos del sol los habitantes de la villa tres veces coronada, movióse de un lado para otro el protector de Querubín, estiró los brazos y pronunció el nombre de su protegido.

Nadie le respondió.

—¡Bah!—dijo el buen hidalgo—; mi ahijado es madrugador, pero no tanto que se levante a media noche. Aun no penetra luz por las rendijas, y, por consiguiente, es hora de dormir. No tengo sueño, pero si no es de día dormiré.

Y por un esfuerzo de su voluntad entregóse nuevamente al reposo después de arrebujarse en las ropas de su pobre lecho.

Otra hora paso.

El hidalgo volvió a despertar.

—Querubín—dijo.

Tampoco entonces le respondieron.

Se restregó los ojos, bostezó ruidosamente, incorporóse y exclamó:

—¡Vive el cielo!... No sé qué hora es; pero seguro estoy de que ya el sol nos alumbra.

Con tono de impaciencia volvió a llamar a su ahijado.

Luego se incorporó, oyó alguno de los ruidos que sonaban en la calle y saltó de la cama.

Al levantar la cortina que cubría la puerta de la alcoba vio algunos muy débiles rayos de luz que penetraban a través de las mil y una rendijas de las ventanas del aposento inmediato.

—¡Cuernos de Lucifer!—dijo el hidalgo— ¿Qué significa esto? ¿Qué le ha sucedido a mi ahijado para que a estas horas duerma todavía? A menos que haya pasado la noche fuera de casa o que esté enfermo...

En ropas menores salió de la alcoba el hidalgo, abrió la ventana, y a través de los vidrios penetraron torrentes de luz.

Esta es la ocasión más oportuna para que hagamos su retrato.

Era de elevada estatura y enjuto de carnes, hasta el punto de que fácilmente hubieran podido contarse sus huesos.

Esta circunstancia hacía que su aguileña, delgada y larga nariz pareciese doblemente larga.

Eran muy salientes los pómulos de su rostro, y sus ojos, pequeños y redondos, aparecían doblemente hundidos, porque sus cejas sobresalían demasiado, eran espesas y estaban casi unidas sobre su nariz.

En cambio, su boca, aunque grande, tenía gruesos labios que revelaban franqueza sin igual, y su frente era espaciosa, noble y altiva como la de una criatura de privilegiada inteligencia.

Lo mismo en lo físico que en lo moral, presentaba el caballero una mezcla extraña, indefinible.

Era feo, doblemente feo, según ya hemos dicho, en ropas menores, dejando ver sus larguísimas y descarnadas piernas y sus pies, que parecían un manojo de músculos, tendones, arterias y huesos.

Sin embargo, no tenía nada de repulsivo el conjunto del protector de Querubín, sino que, por lo contrario, era lo que vulgarmente se llama simpático.

Aun no hemos dicho su nombre; pero ahora vamos a darlo a conocer.

Llamábase Godofredo de Guevara, ilustre apellido con que se envanecía.

Godofredo se habían llamado su padre, su abuelo, su bisabuelo y todos sus ascendientes, pues era costumbre en su familia que el heredero por línea recta tuviese este nombre.

Decía el señor de Guevara que habían sido inmensamente ricos sus abuelos; pero que durante el reinado, de triste memoria, de Felipe III, un Godofredo de Guevara había empleado toda su influencia en favor de los moriscos para que no se los expulsase del territorio español.

Esto fue suficiente para que se confiscasen sus bienes, acusándolo de alta traición; y aunque murió sin que el delito se probase ni se pronunciase fallo, quedáronse los bienes en mano de los unos y de los otros, sin que volviesen a poder de la familia.

Desde entonces ésta se vio reducida a una miseria espantosa, y gracias a que pudieron cobrar algunos créditos no murieron de hambre.

El padre del protector de Querubín había heredado algunos bienes de un primo lejano, y éstos eran los que constituían la fortuna de nuestro personaje.

Llevaba muy a mal el señor de Guevara que se le llamase simplemente hidalgo, pues decía que era caballero

de primera calidad, y sobre este punto tuvo más de una cuestión demasiado desagradable.

De su carácter nada decimos, pues muy pronto lo daremos a conocer.

Miró a su alrededor, y al ver el sombrero y la espada de su ahijado, dijo:

—Pues en casa está; pero se habrá recogido al amanecer. Dicen que la juventud de estos tiempos está perdida... ¡Oh!... Todos los tiempos son iguales. Cuando yo tenía veinte años me divertía de noche y descansaba de día, sin que esto menguase mi honor.

Exhaló el señor de Guevara un triste suspiro, es decir, suspiró como todos suspiramos al recordar mejores tiempos y pasados goces que no pueden volver.

—Bueno será —dijo mientras empezaba a vestirse— dirigir cuatro palabras severas a ese pobre muchacho, porque si es justo darle libertad, si a su juventud deben perdonársele ciertos extravíos, no conviene tampoco dejarlo sin freno para que se pierda, para que naufrague en las borrascas del mundo. Quiero ser su padre, y lo seré, y en mí encontrará tanta severidad como cariño.

Acabó de vestirse el buen hidalgo.

Púsose su peluca, que, dicho sea de paso, estaba bastante deteriorada, y saliendo de la habitación dirigióse a la en que dormía el atrevido y hermoso mancebo.

Detúvose a la puerta, dio algunos golpes y gritó:

—¿Aun no es hora de dejar la cama ? Me parece, joven libertino, que, siquiera por respeto a mi persona, debierais estar ya levantado.

—Vistiéndome estoy—respondió una voz soñolienta.

—Pues aprisa, aprisa—replicó el hidalgo.

Y volvió al aposento que conocemos ya, examinó las botellas de que hicimos mención, y tuvo la fortuna de encontrar todavía un poco de aguardiente.

Sentóse y bebió sorbo a sorbo el espirituoso líqui-

do. Entretanto registró sus bolsillos, sacó algunas monedas de plata y de cobre, y haciendo un gesto de disgusto, murmuró:

—Poco es para vivir hasta fin de mes, a menos que antes no quiera facilitarme algunos ducados el miserable judío que tanto dice interesarse por mi suerte; pero si no comemos capones llenaremos la tripa con lentejas, nos resignaremos y esperaremos el día de la justicia.

Así pasó el hidalgo como unos quince minutos, y Querubín se presentó, saludándolo respetuosamente.

—¿No sabes qué hora es?— dijo el señor de Guevara.

Desplegó el mancebo una leve sonrisa, y respondió:

—Bienaventurados los que tienen siquiera un reloj.

—Señor Querubín, dejaos de bromas cuando de asuntos muy serios se trata.

—Perdonad, padre mío; pero...

—¿A qué hora habéis venido, señor Querubín?— replicó el hidalgo con entonación de severidad que mucho de cómica tenía.

—Era tarde ya; pero con seguridad no puedo decir la hora.

—Siquiera sobre poco más o menos...

—Más de las doce— dijo el mancebo, que parecía cada vez más turbado.

—Necesito explicaciones de vuestra conducta.

—Me tratáis hoy con una severidad...

—Hace más de una hora que os aguardo...

—Otra vez os pido perdón.

—Os perdonaré si me dais una prueba de franqueza.

—Nunca he mentido.

—Tarde debe de ser: el hambre me atormenta; vamos en busca del almuerzo, y mientras se fortifica nuestro estómago, entraremos en explicaciones.

Y esto diciendo el hidalgo tomó su capa y su sombrero de tres picos, ciñó su espada y exclamó:

—¡Vive el cielo!... Esta ropa se encuentra tan malparada... En fin, no hablemos de esto ahora.

Querubín se puso su sombrero de anchas alas.

—Ya estoy dispuesto—dijo.

—¿Y la capa ?

—No hace frío.

—¡Que no hace frío!... Mirad, joven inexperto; mirad y veréis el hielo que cubre y quita su transparencia a los vidrios de esa ventana... ¡Que no hace frío!... ¡Cuernos de Lucifer!... Tiritando he pasado toda la noche, y aunque esto en parte es culpa de mi pobreza, me ha convencido...

—Pues yo tengo calor—interrumpió el joven.

—Aunque el sol del estío hubiese de derretir vuestra mollera, ¿adónde iríais decorosamente sin la capa ?

Querubín sufría horriblemente en aquellos momentos. Volvióse de un lado para otro, y dijo al fin:

—Está rota.

—Lo que se rompe se zurce; y, por consiguiente...

—Pues bien; puesto que es preciso...

—¿Dónde está vuestra capa ?

—Me la han robado.

—¿Que os la han robado ?— gritó fuera de sí el señor de Guevara— ¡Y os habéis dejado robar como el más cobarde malandrín!... ¿Acaso no llevabais vuestra espada ? ¿De qué os servía, y de qué os han servido los puños y el corazón ?... ¡Ira del infierno!... ¡Que os han robado!... ¡Y de vergüenza no habéis muerto antes de confesar vuestra deshonrosa cobardía!

Como si la sangre fuese a brotar, enrojecieron las tersas mejillas de Querubín.

Arrugóse su entrecejo, escapáronse dos centellas de

sus negros y magníficos ojos y su mirada se tornó luego sombría.

Reinó por algunos instantes un silencio absoluto.

—Responded— dijo severamente el hidalgo.

Preciso era adoptar una resolución.

Antes que pasar por cobarde, estaba dispuesto el joven a sufrirlo todo.

Había inclinado la cabeza; la levantó, y mirando al señor de Guevara dijo enérgicamente:

—¡Cobarde!... Eso no, padre mío.

—¿Está teñida en sangre vuestra espada?

—No.

—Pues entonces...

—Puesto que queréis almorzar, vamos, y sabréis dónde está mi capa.

—Ello es que la has perdido.

—Sí; la he sacrificado a la honra de una noble criatura.

—Eso es incomprensible.

—Repito que me explicaré mientras almorzamos.

—Pero como decentemente no podéis salir sin capa, tomad la otra mía.

—¡La vuestra!... Ahora veréis.

Abrió el arcón Querubín, sacó una capa doblada cuidadosamente y se la puso; pero arrastraba la prenda por lo menos un palmo, pues ya hemos dicho que el señor de Guevara era de elevada estatura.

A pesar de que su situación era bien crítica y del respeto que le infundía su protector, Querubín dio algunos pasos mirándose y soltando una carcajada burlona.

No pudo el buen hidalgo conservar tampoco el continente grave que entonces convenía, y volvió a otro lado la cabeza para sonreír, mientras murmuraba:

—¡Diantre!... El muchacho tiene razón.

—¿Qué os parece, padre mío?

—Quítate esa capa, dóblala, carga con ella y la llevaremos al maestro Policarpo para que en un momento la recorte, pues supongo que no hay esperanza de recuperar la tuya.

—Me parece que no.

—¿Acaso ignoras dónde se encuentra?

—Supongo que en manos de escribanos y alguaciles.

—Entonces hay que renunciar para siempre a la perdida prenda.

—Tal creo.

—Vamos, vamos.

—Pero esta capa es la nueva...

—Ya lo sé.

—Y ya que sois generoso hasta el punto de cederme una, recórtese la que está más usada, pues no es justo...

—Esa ha de ser.

—No— replicó enérgicamente Querubín.

—¿Os rebeláis?

—Me rebelo.

—¡Vive Dios!...

—La capa nueva será para vos, o yo me quedaré sin ninguna. Cuando me hayáis escuchado os convenceréis de que no tengo que acusarme de ninguna fealdad, me compadeceréis, y entonces...

—Basta, basta— interrumpió el hidalgo, que empezaba a sentirse profundamente conmovido.

—Mi buen padre— dijo tristemente Querubín.

—¡Vive el cielo!... Siempre has de salirte con la tuya. Pero será la última; te lo juro; y si la pérdida de esa capa es prueba de alguna cobardía... No quiero creerlo, no.

—Sois justo.

—Toma, toma— repuso el hidalgo.

Y se quitó su raída capa de color verde muy claro, poniéndose la nueva.

Salieron de la casa.

Ni una palabra más pronunciaron entonces.

Tomaron calle de Segovia arriba.

Diez minutos después atravesaban la de Milaneses, volviendo a la derecha y bajando por la costanilla de Santiago.

CAPÍTULO V

Nuevos personajes

Las calles del Mesón de Paños, del Bonetillo, de la Escalinata y de la Independencia, no eran entonces más que derrumbaderos apenas accesibles, que terminaban en los Caños del Peral y en un barranco hediondo donde el agua de las lluvias se encharcaba y corrompía.

Aun hoy, después de tantas reformas y tanto afán por embellecer la capital de España, nada se ha hecho para reformar la calle de la Escalinata, a pesar de que se encuentra en el centro de la población, en uno de los sitios más concurridos y frente al gran teatro de la Ópera.

Se han construído unas escaleras para bajar más cómodamente al fondo del barranco, y con esto se han quedado muy satisfechos los reformadores.

La calle del Mesón de Paños tenía entonces muy pocas casas. Una de ellas era una posada donde desde muy antiguo paraban los mercaderes ambulantes que en sus recuas traían paños de nuestras fábricas de Alcoy, de Tarrasa, de Béjar y de otros puntos.

A esta circunstancia debe su nombre la calle.

Junto a la posada había otra casa que ya no existe. Tenía dos cuerpos, era bastante grande, y formaba la esquina de la costanilla de Santiago.

No era menester más que echar una ojeada al edifi-

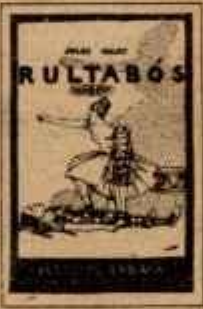
 Continuará en el número 2

género nunca marchito, siempre apasionador de las *novelas de capa y espada.*

Por sólo diez céntimos a la semana (lo que cuesta un periódico diario) leeréis sucesivamente todos los admirables sucesos que Ortega y Frías trazó con su insuperable imaginación en torno de figuras tan inolvidables como la de la Condesa, Querubín, Leandro y tantos otros héroes extraordinarios. La vida aristocrática tanto como los medios populares, se descubren en tintes ora sombríos, ora regocijados y siempre atractivos y llenos de vida; y un matiz de hondo sentimentalismo perfuma todas las innumerables intrigas y aventuras de que está llena esta novela imponderable.

COLECCIÓN ENIGMA

NOVELAS DE EMOCIÓN Y DE MISTERIO



ENIGMA 1.ª serie

1	[illegible]	Rultabós	11	[illegible]	[illegible]
2	—	El bufón por sacrificio	12	—	[illegible]
3	—	¡Por ella!	13	[illegible]	[illegible]
4	—	[illegible]	14	—	[illegible]
5	—	[illegible]	15	[illegible]	[illegible]
6	—	[illegible]	16	—	Los amores de Francisco I y la Gioconda
7	—	[illegible]	17	—	[illegible]
8	[illegible]	[illegible]	18	—	[illegible]
9	[illegible]	[illegible]	19	—	[illegible]
10	—	[illegible]	20	—	[illegible]

[illegible] ... [illegible] pesetas